

Al pensar en un título para el texto que el lector tiene ahora en sus manos, se me ocurrió pensar en el libro del patriarca libertario Anselmo Lorenzo¹, *El banquete de la vida* (1905). Quizás me arrastrara a ello la necesidad de rendir homenaje a una de las obras de referencia del anarquismo español sobre los usos y abusos del darwinismo. También influyó en mí la indudable fuerza evocadora del título, su capacidad para sugerir la creencia en la existencia de una naturaleza providente y fecunda, elemento fundamental a la hora de entender lo que los libertarios hispanos dijeron sobre dichos usos y abusos. Un título, en fin, que en el caso de Lorenzo hacía referencia a una frase de Malthus², nombre recurrente –ayer y ahora– cuando hablamos de evolución, Darwin y darwinismo. El respeto a la paz de los muertos, la elemental cautela moral de no querer secuestrar una

¹ El tipógrafo Anselmo Lorenzo Asperilla (1841-1914), elemento fundamental en los primeros pasos de la Internacional en España, miembro fundador del núcleo madrileño, fue, para no pocos, el verdadero patriarca del anarquismo español. Colaboró extensamente en la prensa libertaria y publicó una cantidad muy importante de libros y folletos. Tuvo un papel muy importante en la Escuela Moderna. Sobre él: Montseny, F. (1970), *Anselmo Lorenzo. El hombre y la obra*, Toulouse; Olivé Serret, E. (1985), «El movimiento anarquista catalán y la masonería en el último tercio del siglo XIX. Anselmo Lorenzo y la logia Hijos del Trabajo», en Ferrer Benimeli, J.A. (coord.), *La masonería en la Historia de España. Actas del I Symposium de metodología aplicada a la historia de la masonería española*, Zaragoza, pp. 131-151; Sánchez Ferre, P. (1985), «Anselmo Lorenzo, anarquista y masón», *Historia* 16, vol. 10, n° 105, pp. 25-33; Íñiguez, M. (2001), *Esbozo de una Enciclopedia histórica del anarquismo español*, Madrid, p. 347; Martínez de Sas, M. y Pagès y Blanch, P. (coord.). (2000), *Diccionari biogràfic del moviment obrer als Països Catalans*, Barcelona, pp. 800-801.

² Lorenzo, A. (1905), *El banquete de la vida*, Barcelona, p. 87.

voluntad ausente, retuvo mi primer impulso. *El banquete de la vida* es y debe seguir siendo el libro de Anselmo Lorenzo.

Persiste, sin embargo, el poder de la metáfora del banquete, como bien refleja el título de este libro, aunque ahora se suman otras buenas razones. En efecto, *en la mesa con Darwin*, se sentaron no sólo aquéllos que quisieron ofrecer una legitimación naturalista del orden existente, sino también los que quisieron derribarlo. La historiografía ha mostrado que, a pesar de notables contradicciones, hay indicios sólidos de que la izquierda de las últimas décadas del XIX y primeros años del XX probó las aguas del darwinismo, o, si hablamos con más rigor, de distintas versiones del evolucionismo³. Y es que el *menú* no sólo lo había diseñado Charles Darwin, sino también otros maestros de figones de gran predicamento en el período estudiado en este libro, como son Ernst Haeckel o Herbert Spencer, autores de lo que podríamos llamar metafísicas evolucionistas –luego hablaremos del panteísmo *haeckeliano* o las equívocas referencias a lo *Incognoscible* de Spencer– que tuvieron un papel clave como discursos mediadores en la plural apropiación del entramado darwiniano o del evolucionismo en general⁴. Y si no eran pocos los que habían accedido a ollas, sartenes y fogones, qué decir de unos *alimentos* variados y tentadores: el origen animal del hombre, la existencia o no de conflictos esenciales en el universo de lo vivo, el declive biológico provocado por la sociedad industrial, las justificaciones biológicas de la desigualdad, etc. Fue un banquete

³ Weikart, M. (1998)a., *Socialist Darwinism. Evolution in German Socialist Thought from Marx to Bernstein*, San Francisco, Londres y Bethesda; Pittenger, M. (1993), *American Socialists and Evolutionary Thought*, Madison; Benton, T. (1982), «Social Darwinism and Socialist Darwinism in Germany, 1860 to 1900», *Rivista di Filosofia*, 22-23, pp. 79-121. Sobre los elementos de tensión aludidos arriba, David Stack ha señalado una irreconciliable contradicción entre ciencia darwiniana y la perspectiva política de radicales y socialistas: Stack, D.A. (2001), «The First Darwinian Left: Radical and Socialist Responses to Darwin, 1859-1914», *History of Political Thought*, 21, 682-710; p. 709. El autor expresa su punto de vista con más extensión en un libro reciente: Stack, D.A. (2003), *The First Darwinian Left: Socialism and Darwinism 1859-1914*, Cheltenham.

⁴ La idea de discurso mediador tomada de Ted Benton: Benton (1982), pp. 82-83.

este en que los *comensales* no destacaron por su disciplina. Algunos quisieron devolver la comida, otros se quejaron amargamente a los *maestros cocineros*, muchos –quizás la gran mayoría– comieron un poco de todo aunque condimentando los platos de tal manera que se acomodaran a sus muy particulares apetitos y necesidades, hubo, en fin, hasta quien propuso la elaboración de un menú alternativo. Entre estos indisciplinados comensales estuvieron los anarquistas españoles⁵.

¿Cuál fue la influencia y características del movimiento anarquismo español en el período 1869-1914? Como es sabido, a principios de los años 1870 el movimiento obrero internacional se fracturó en dos facciones. En España, en el periodo que va de 1869 a 1874, el sector *bakunista* se convirtió en el sector más influyente en los órganos directivos y prensa de la sección española de la Primera Internacional⁶. Una vanguardia ideologizada dentro del movimiento obrero organizado hispánico comenzó a romper sus estrechos y tradicionales vínculos con la izquierda de clase media representada por el republicanismo federal⁷. Una forma extrema de antipoliticismo, el anarquismo, comenzó a ejercer una perdurable influencia en la realidad española. Sin embargo, a pesar de que el ascenso del anarquismo debe ser conectado con la ruptura, al menos desde un punto de vista formal, con respecto a lo que hoy llamaríamos *izquierda burgue-*

⁵ Y los portugueses, a los que Ana Leonor Pereira ha dedicado unas iluminadoras reflexiones en su libro sobre el darwinismo en Portugal: Pereira, A.L. (2001), *Darwin em Portugal. Filosofia. Historia. Engenharia Social*, Coimbra, pp. 435-477.

⁶ Gabriel, P. (1979), «El anarquismo en España», en Woodcock, G. (ed.), *El anarquismo. Historia de las ideas y movimientos libertarios*, Barcelona, 330-388; pp. 343-345.

⁷ Algo que ya se apuntaba desde la constitución de la Federación Regional Española de la AIT en el congreso de Barcelona de junio de 1870. Según el estudio clásico de Josep Termes, aunque nominalmente se permitió la participación personal del afiliado en política, se prohibía *de facto* a las organizaciones obreras el apoyo y colaboración con el republicanismo. Ello fue muy criticado por los republicanos federales: Termes, J. (1972), *Anarquismo y sindicalismo en España*, Barcelona, p. 111. En todo caso, en estos primeros años «la afirmación de las ideas anarquistas fue bastante lenta y siempre parcial». López Estudillo, A. (2002), «El anarquismo español decimonónico», *Ayer*, 45, 73-104; p. 82.

sa, los elementos de continuidad desde el punto de vista doctrinal e incluso afectivo, fueron muy importantes⁸. De hecho, se ha visto a la ideología anarquista como un híbrido entre el liberalismo y el socialismo⁹, en la que el último vendría a ocupar un lugar preeminente. Al decir de Álvarez Junco, la ideología anarquista estaba inserta «en el marco intelectual del racionalismo liberal». La utopía anarquista estaba basada en el viejo mito de la armonía entre las fuerzas sociales y naturales, una forma de entender la Historia que permitía creer en la posibilidad de una sociedad futura racionalmente organizada bajo los principios científicos de la Sociología. En la sociedad post-revolucionaria, a la más completa libertad de los individuos y unidades sociales, se añadiría la consecución de un bienestar material sin precedentes, fruto del progreso técnico y la cooperación entre los distintos grupos humanos. Ninguna de estas ideas era radicalmente incompatible con la visión del mundo liberal. Es más, parece una ideología deducida, como la última, de «la filosofía optimista y armónica propia de la Ilustración»¹⁰.

⁸ Afinidades ideológicas que según George R. Esenwein, fueron una importante razón a la hora de explicar porqué el anarquismo encontró una audiencia receptiva entre los trabajadores españoles: Esenwein, G.R. (1989), *Anarchist Ideology and the Working-Class Movement in Spain, 1868-1898*, Berkeley, p. 6. En cuanto a dichas afinidades ideológicas, Antonio Elorza ha señalado que cambiando «la pieza de la participación política, la cosmovisión republicana encontraba un total acomodo en el anarquismo español». Elorza, Antonio (1995), «Utopía y revolución en el movimiento anarquista español», en Hofmann, B., Joan i Tous, P. y Tietz, M. (eds.), *El anarquismo español y sus tradiciones culturales*, 79-108; p. 84. Y no sólo en España, Carl Levy ha señalado recientemente cómo la tradición del republicanismo federal y cantonal, había actuado en España, Italia y Suiza como «un puente hacia la Internacional antiautoritaria». Levy, C. (2004), «Anarchism, Internationalism and Nationalism in Europe, 1860-1939», *Australian Journal of Politics and History*, vol. 50, n° 4, 330-342; p. 336.

⁹ Paniagua, J. (1999), *Anarquistas y Socialistas*, Madrid, p. 130.

¹⁰ Álvarez Junco, J. (1988), «El anarquismo en la España contemporánea», en VV.AA., *El movimiento obrero en la Historia de Cádiz*, Jerez, 41-51, pp. 43-44. En cualquier caso, no es fácil definir de manera global un movimiento cuya característica fundamental es la heterogeneidad y la diversidad, como sostiene Susana Tavera, S. (2002), «La historia del anarquismo español: una encrucijada interpretativa nueva», *Ayer*, 45, 13-37; pp. 13-14 y 30-32.

Todo ello se debe entender en el contexto del proceso de creación cultural de la clase obrera¹¹ española, proceso en la que la cultura política de sustrato democrático y republicano ocupó un papel clave¹². Socialistas y anarquistas definen sus propios proyectos de ámbito clasista, pero siguieron compartiendo elementos ideológicos y espacios con los elementos más radicalizados de la clase media, y muy en especial con los republicanos federales en el periodo estudiado. En cualquier caso, los elementos de continuidad en el caso del anarquismo tampoco deben ser exagerados en exceso. El postulado anarquista de la completa abolición del Estado, aquí y ahora, estaba bastante alejado de los objetivos potenciales de la rama más avanzada del liberalismo. La idea de la necesaria colectivización de los medios de producción desafiaba el sagrado principio de la propiedad privada. La unidad social básica de la sociedad futura no sería el ciudadano, sino el productor. Diferencias que también se hacían patentes en las tácticas. La izquierda liberal fluctuaba entre la llamada a la insurrección popular y la dictadura jacobina. Los anarquistas, por el contrario, renunciaron a toda forma de gobierno post-revolucionario. De hecho, rechazaban que el objetivo último del alzamiento popular fuera la toma del poder. El único objetivo legítimo, era la destrucción del Estado. Es más, los libertarios descalificaban la *poli-*

¹¹ Coincidimos con Manuel Pérez Ledesma en considerar la formación de identidad de clase no como un mero derivado de la industrialización, sino, también, como un proceso de creación cultural: Pérez Ledesma, M. (1997), «La formación de la clase obrera. Una creación cultural», en Cruz, R. y Pérez Ledesma, M. (eds.), *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, 201-223.

¹² Como dice Ángeles Barrio, los «valores de oposición que impregnan las culturas obreras, socialistas y anarquistas, principalmente, proceden del código moral del republicanismo...». Barrio Alonso, A. (2003), «Culturas obreras. 1890-1920», en Uría, J. (ed.), *La cultura popular en la España contemporánea*, Madrid, Biblioteca Nueva, 109-129, p. 112. Pere Gabriel habla de «una presencia central en la configuración de las culturas militantes obreras de la cultura republicana» Gabriel, P. (1999), «Republicanism popular, socialismo, anarquismo y cultura política obrera en España (1860-1914)» en Paniagua, J.A., Piqueras, J.A. y Sanz, V. (eds.), *Cultura social y política en el mundo del trabajo*, Valencia, 211-222; p. 220. Una perspectiva general sobre esa fuerte impronta del republicanismo en el periodo estudiado: Suárez Cortina, M. (2000), *El gorro frigio. Liberalismo, democracia y republicanismo en la Restauración*, Madrid.

tica –en especial, la parlamentaria– viéndola como una esfera exclusiva de la burguesía¹³. Las zonas legítimas de acción colectiva se encontraban en la *lucha económica* y cultural: la acción educativa, el boicot, la huelga, la propaganda por el hecho, etc. Finalmente, su fe en la capacidad revolucionaria del proletariado superaba con mucha la del más radical de los demócratas¹⁴.

¿Cuál fue la fuerza real del anarquismo español en la época estudiada? Lo primero que habría que poner en cuestión es la idea de la popularidad del anarquismo como símbolo de una supuesta peculiaridad del decurso de la historia contemporánea de España o del carácter nacional. Por una parte, el movimiento libertario se extendió de manera desigual en el país. Fue popular en las provincias costeras catalanas, y también en determinadas zonas de Andalucía¹⁵, pero fue incapaz de adquirir un seguimiento significativo en la capital¹⁶ o en los centros industriales del País Vasco. En segundo lugar, no hubo nada de extraordinario en la historia del movimiento libertario en el periodo que va desde 1870 a 1910. En realidad, el anarquismo español siguió, en términos generales, el mismo modelo de desarrollo común en la Europa del suroeste. Lo que sí fue peculiarmente hispánico fue la consolidación de un sindicalismo antipolítico y revolucionario en Cataluña desde la Primera Guerra Mundial hasta 1939, en un momento en que el movimiento libertario había entrado en una aguda crisis en el resto del mundo¹⁷. Es sólo en este momento cuando se puede hablar del anarquismo como un gran movimiento de masas.

¹³ Elorza, A. (1990), «La cultura de la revuelta en el siglo XIX», en Maurice, J.; Magnien, B. y Genevois, D.B. (eds.), *Pueblo, movimiento obrero y cultura en la España Contemporánea*, París, 127-139; p. 138.

¹⁴ Álvarez Junco (1988), p. 44.

¹⁵ Frente al tópico de un anarquismo andaluz necesariamente ligado al mundo agrario, Gutiérrez Molina afirma su también significativa presencia en los núcleos urbanos: Gutiérrez Molina, J. (2002), «Andalucía y el anarquismo (1868-1936)», *Ayer*, 45, 171-195; pp. 178-180

¹⁶ Durante el XIX existieron núcleos muy pequeños de militantes en Madrid, A Coruña, Zaragoza y Valladolid. Eran, sin embargo, núcleos muy activos y que persistieron durante décadas: López Estudillo (2002), pp. 102-103.

¹⁷ López Estudillo (2002), p. 78.

En cualquier caso, esto no significa que se deba negar el gran arraigo del anarquismo en el periodo estudiado. Un arraigo que sigue generando debate entre los historiadores. Para intentar explicarla se aducen una serie de motivos que, en mi opinión, no debieran ser mutuamente excluyentes: el llamado *fracaso* de la revolución industrial en España y la persistencia de ideales comunitarios preindustriales; la incapacidad del Estado liberal a la hora de responder a las demandas de reforma social; la alineación de las clases populares del cuerpo político; el declive de la influencia de la Iglesia Católica, la cual no eliminaba la necesidad de determinadas demandas emocionales, que vendrían a ser parcialmente satisfechas por el horizonte cuasi escatológico de las promesas revolucionarias. Independientemente de cuál sea la respuesta más correcta¹⁸, el anarquismo formó parte de la realidad española de ese tiempo. Y era claro que los libertarios eran especialmente receptivos a cualquier novedad científica

¹⁸ Íntimamente conectada con la cuestión del arraigo del movimiento libertario en España está la de si el anarquismo español no puede ser visto como un milenarismo que remite a su vez a una forma arcaica de organización social. La historiografía (vid. Duncan, M.G. (1988), «Spanish Anarchism Refracted: Theme and Image in the Millenarian and Revisionist Literature», *Journal of Contemporary History*, vol. 23, nº 3, pp. 323-346; Gabriel, P. (1988), «Historiografía reciente sobre el anarquismo y el sindicalismo en España, 1870-1923», *Historia Social*, 1, 45-62; p. 46; Tavera (2002), pp. 21-24, se ha dividido tradicionalmente en esta cuestión entre los que así lo afirman, y los que destacan la racionalidad histórica y social de la actuación del anarquismo español. Algunos autores (vid. Corbin, J. [1993], «El anarquismo andaluz: perspectiva desde la Antropología Social», *Revista de Antropología Social*, 2, 73-104; p. 80.) han señalado cómo, mientras los primeros solían ser historiadores no profesionales pero con experiencias directas, los segundos sí lo son, y basan sus análisis en los documentos producidos por los anarquistas o por la respuesta de la autoridad ante sus actividades. La tesis milenarista es sostenida, entre otros, por: Bernaldo de Quirós, C. (1974), *El espartaquismo agrario andaluz*, Madrid; Díez del Moral, J. (1979), *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*, Madrid; Brenan, G. (1996), *El laberinto español. Antecedentes sociales y políticos de la guerra civil*, Barcelona; Hobsbawm, E.J. (1983), *Rebeldes primitivos*, Barcelona; Bar, J.A. (1981), *La CNT: los años rojos. 1910-1926*, Madrid; Bernecker, W. (1982), *Colectividades y Revolución Social*, Barcelona. La defensa del anarquismo como estrategia racional es sostenida también por un buen número de autores: Calero Amor, M. (1976), *Movimientos sociales en Andalucía (1820-1936)*, Madrid; Lida, C.L. (1972), *Anarquismo y revolución en la España del siglo XIX*, Madrid; Mintz, J.R. (1982), *The Anarchists of Casas Viejas*, Chicago; Maurice, J. (1989), *El anarquismo andaluz. Campesinos y sindicalistas, 1868-1939*, Barcelona; Kaplan, T. (1977), *Orígenes sociales del anarquismo en Andalucía*, Barcelona.

que pudiera ser utilizada contra la religión católica. Una de ellas fue el darwinismo¹⁹.

Como es bien sabido, la recepción del darwinismo estuvo íntimamente relacionada con las fracciones más liberales de la burguesía, verdaderas protagonistas de la revolución democrática de 1868. Durante los años 1880 esta recepción se convirtió en un debate abierto, que tuvo lugar fundamentalmente en centros culturales dominados por las élites culturales de la burguesía, como son los ateneos de Madrid, Barcelona y Valencia²⁰. Fuera de estos círculos de cultura

¹⁹ Esenwein, hablando de la importante influencia de Proudhon y Pi i Margall entre los anarquistas españoles, menciona que no recogieron, sin embargo, su apego a la tradición hegeliana, sino que se asumieron con pocas críticas el positivismo derivado de los escritos de Comte, Spencer y Darwin: Esenwein (1989), p. 101.

²⁰ Sobre la introducción del darwinismo en España y sus consecuencias encontramos una extensa bibliografía. Para tener una imagen cabal de ella es imprescindible la consulta del exhaustivo artículo de Alberto Gomis y Jaume Josa: Gomis, A. y Josa, J. (2003), «Veinticinco años de Historia de la Biología en España (1977-2002)», *Llull*, 26, pp. 109-156. Conviene, en todo caso, mencionar algunas de las referencias bibliográficas importantes al respecto: Núñez, D. (1975), *La mentalidad positiva en España: desarrollo y crisis*, Madrid; Núñez, D. (1977), *El darwinismo en España*, Madrid; Glick, Th. (1974), «Spain», en Glick, Th. (ed.), *The Comparative Reception of Darwinism*, Austin, 307-345; Glick, Th. (1982), *Darwin en España*, Barcelona; Gomis, A. y Josa, J. (2002)a., «Imágenes de la polémica darwinista en España», *Mundo Científico*, 233, pp. 20-29; Gomis, A. y Josa, J. (2002)b., «Iconografía darwiniana en España» en Puig-Samper, M.A., Ruiz, R. y Galera, A. (eds.), *Evolucionismo y cultura*, Madrid, pp. 151-173; Sala Catalá, J. (1981), «El evolucionismo en la práctica de los biólogos españoles del siglo XIX (1860-1917)», *Asclepio*, XXXIII, 81-125; Sala Catalá, J. (1987), *Ideología y ciencia biológica en España entre 1860 y 1881*, Madrid; Pelayo, F. (1996), «Creacionismo y evolucionismo en el siglo XIX: las repercusiones del darwinismo en la comunidad científica española», *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, 13, pp. 263-284; Pelayo, F. (1999)a., *Ciencia y creencia en España durante el siglo XIX. La paleontología en el debate del darwinismo*, Madrid; Pelayo, F. (1999)b., «La repercusión del evolucionismo en la Sociedad Española de Historia Natural», en Glick, T.F., Ruiz, R. y Puig-Samper, M. (eds.), *El darwinismo en España e Iberoamérica*, Madrid, pp. 115-131; Pelayo, F. (2002), «Darwinismo y Antidarwinismo en España (1900-1939): La extensión y crítica de las ideas evolucionistas», en Puig-Samper, M.A., Ruiz, R. y Galera, A. (eds.), *Evolucionismo y cultura*, Madrid, pp. 267-283; Simó Ruescas, J. (2004), «La Naturphilosophie en España. La recepción del evolucionismo en el entorno de la tradición Krausista», *Asclepio*, LVI, pp. 197-222; Puig-Samper, M.A. (1999), «El Darwinismo en la antropología española», en Glick, T.F., Ruiz, R. y Puig-Samper, M. (eds.), *El darwinismo en España e Iberoamérica*, Madrid, pp. 153-167; Pinar, S. (1999), «Darwinismo y botánica. Aceptación de los conceptos darwinistas en los estudios botánicos del siglo XIX», en Glick, T.F., Ruiz, R. y Puig-Samper, M. (eds.), *El darwinismo en España e Iberoamérica*, Madrid, pp. 133-152;

semi-oficial, en la prensa libertaria²¹, canal principal de comunicación y propaganda del movimiento anarquista²², se estaba produciendo un proceso de recepción y crítica. Dicho proceso, poco perceptible en los años 1870, se hizo mucho más conspicuo tras la muerte de Darwin en 1882.

Ahora bien, es difícil saber, en cualquier caso, hasta qué punto las distintas versiones del evolucionismo formaron parte o no del universo de referencias culturales del militante libertario de a pie. Lo que sí parece claro es que la difusión de libros, panfletos y prensa anarquistas²³, fue bastante importante, incluso sorprendente dada la enorme tasa de analfabetismo del país. Sabemos también, que los órganos libertarios reco-

Fraga Vázquez, X.A. (2002), «La recepción del Darwinismo por los naturalistas españoles del s. XIX, un análisis general», en Puig-Samper, M.A., Ruiz, R. y Galera, A. (eds.), *Evolucionismo y cultura*, Madrid, pp. 249-265; Fraga Vázquez, X.A. (1984), «Aportación ao estudio da polémica darwinista na Galiza do século XIX», en Hormigón, M. (1984), *Actas del II Congreso de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias*, 1, Zaragoza, pp. 378-387; Catalá, J.I. (2000), «Camins de controversia: la recepció de l'evolucioisme a València», *Mètode*, 28, pp. 47-52; Pérez González, F.T. (1987), *La introducción del darwinismo en la Extremadura decimonónica*, Cáceres; Grandavera, A. (1988), *El darwinismo en Málaga*, Málaga. Véanse también el monográfico de *Anthropos* de octubre de 1982; Galera, A. (ed.) (2000), «Historias de la evolución», *Asclepio*, LII; Hormigón, M. (ed.) (1984), *Actas del II Congreso de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias*, Zaragoza.

²¹ La prensa, aparte de su función políticamente movilizadora, fue el instrumento privilegiado de toda una red de educación informal constituida por ateneos, centros obreros, clubs, etc., que venía a subvenir las necesidades educativas de la población obrera no cubiertas por el sistema educativo. De hecho, existía una relación simbiótica entre estas instituciones y la prensa: Ortiz, D. (2001), «Redefining Public Education: Contestation, the Press, and Education in Regency Spain», *Journal of Social History*, 35, 73-94; p. 75. Sobre la prensa libertaria: Madrid Santos, F. (1988), *La prensa anarquista y anarco-sindicalista en España desde la Primera Internacional hasta el final de la Guerra Civil*, Universidad de Barcelona, tesis doctoral inédita.

²² Sobre la recepción del darwinismo por parte de socialistas y anarquistas: Fernández, E. (1981), *Marxismo y positivismo en el socialismo español*, Madrid; Girón, A. (1996), *Evolucionismo y anarquismo en España 1882-1914*, Madrid.

²³ López Estudillo matiza que en el XIX se estaba lejos de llegar a las tiradas de cientos de miles de ejemplares del XX: López Estudillo (2002), p. 75, nota 3. Una reciente e importante contribución al estudio de la abundante bibliografía anarquista o sobre anarquismo: Gurucharri, S. (2004), *Bibliografía del anarquismo español 1869-1975*, Barcelona. Tenemos noticia, además, de la próxima publicación de un trabajo de gran interés sobre la bibliografía del anarquismo (1869-1939), de cuya redacción son responsables Ignacio Soriano y Francisco Madrid.

mendaban con cierta insistencia la lectura de los libros de Ernst Haeckel, Ludwig Büchner, Herbert Spencer o Charles Darwin²⁴. Sin embargo, el posible efecto de su lectura en el público²⁵ susceptible de simpatizar con el movimiento libertario nos sigue siendo desconocido. Así, es difícil saber si se dieron distintas lecturas del evolucionismo, dependiendo de que se ocupara una posición de liderazgo o no dentro del movimiento. Esto fue importante, por ejemplo, en el caso del SPD alemán, como señala Alfred Kelly en su estudio clásico de la popularización del darwinismo en Alemania²⁶.

Establecer si algo parecido a esto se dio en el caso de los libertarios españoles, nos resulta, por el momento, muy difícil. Debido a esta ausencia de información, hemos de limitar nuestro campo de estudio al relativamente pequeño grupo de anarquistas que escribieron en las publicaciones libertarias del momento. Se trata de

²⁴ La apreciación de la obra de Darwin fue generalizadamente positiva (lo cual no indica, ni mucho menos, que se hubiera producido un proceso de asimilación directa de su obra de manera masiva). Se solía trazar una línea de demarcación entre Darwin y una burguesía que lo usaba para su propio beneficio: Girón, A. (2001), «The Moral Economy of Nature. Darwinism and the Struggle for Life in Spanish Anarchism (1882-1914)», en Puig-Samper, M., Ruiz, R. y Glick, T.F. *The Reception of Darwinism in the Iberian World*, Dordrecht, Londres, drecht, Londres, Boston, 189-203; p. 190. En el libro hemos utilizado ediciones modernas de la obra de Darwin. Hay que señalar, sin embargo, la importancia que, con toda probabilidad, tuvo la aparición de ediciones populares de Darwin en F. Sempere y Cia. y Prometeo a principios del XX.

²⁵ En cuanto al público lector, no se debe asumir sin más que fue siempre obrero. Con el cambio de siglo, según Romero Maura, ciertas capas de la burguesía española –por ejemplo, los intelectuales atraídos coyunturalmente por el anarquismo–, se interesaron grandemente por el ideario libertario: Romero Maura, J. (1989), «La rosa de fuego». *El obrerismo barcelonés de 1899 a 1909*, Madrid, pp. 246-247.

²⁶ Al parecer, los líderes del partido tuvieron, con cierta alarma, que adaptar su discurso a la realidad de unos trabajadores más interesados en las ciencias naturales que en fortalecer su conciencia revolucionaria. Kelly, A. (1981), *The Descent of Darwin: The Popularization of Darwinism in Germany, 1860-1914*, Chapell Hill, pp. 123-141. Conviene subrayar que tomar a los trabajadores como un mercado cautivo de las vanguardias ideologizadas, en este caso los anarquistas españoles, no es la mejor forma de abordar la cuestión. La historiografía ha señalado que siempre hubo una dialéctica entre ideología libertaria y lucha sindical cargada de tensiones y oscilaciones: Paniagua, (1992), pp. 51-52. En no pocas ocasiones se compatibilizaba la militancia en organizaciones sindicales controlados por los libertarios (como la FTRE en los años 1880) y republicanismismo federal: López Estudillo, A. (2001), *Republicanism and Anarquismo en andalucía. Conflictividad Social Agraria y Crisis Finisecular (1869-1900)*, Córdoba, Ediciones de La Posada, pp. 309-330.

dos generaciones de anarquistas. En primer lugar, hablamos de los que se incorporaron a las filas internacionalistas ya en los años del Sexenio Democrático: Anselmo Lorenzo y Josep Llunas²⁷ –ambos trabajadores manuales– destacan entre este primer grupo²⁸. En segundo lugar, de aquellos que empiezan a asomarse a las páginas de la prensa libertaria en los años inmediatamente anteriores o posteriores al Primer Certamen Socialista²⁹ (1885). Aunque aquí también se detecta la presencia de personas que en su momento fueron trabajadores manuales (Federico Urales³⁰), se hace notar la llegada de individuos con formación científica o técnica: Ricardo

²⁷ Josep Llunas i Pujals (1850-1905), tipógrafo, fue el principal exponente del colectivismo anárquico catalán. Personaje polifacético, fue empresario teatral y amante de los deportes y la acrobacia. Internacionalista de primera hora, defendió la preeminencia de la actividad sindical, frente a los anarcocomunistas. Sobre él: Olivé i Serret, E. (1984), «La Tramontana, periòdic vermell (1881-1893)», *Estudios de Historia Social*, 28-29, pp. 319-326; Vicente Izquierdo, M. (1999), «Josep Llunas i Pujals (1852-1905). Anarquismo, sindicalismo, colectivismo y librepensamiento», *Historiar. Revista Trimestral de Historia*, 3, pp. 39-57; Vicente Izquierdo, M. (1999), *Jospe Llunas i Pujals (1852-1905) «La Tramontana» i el lliurepensament radical català*, Reus.

²⁸ Aunque se ha de decir que en el momento de arranque del bakuninismo en los primeros 1870 los estudiantes de clase media tuvieron un papel muy relevante (especialmente en Barcelona: Lorenzo, Anselmo. *El proletariado militante*, Madrid, Alianza Editorial, p. 296). Tal fue el caso de los luego médicos Gaspar Sentiñón y Juan García Viñas, del estudiante de ciencias Trinidad Soriano o de Cels Gomis Mestre que llegaría a ser ingeniero de caminos. En cualquier caso, todos ellos acabarían por abandonar la militancia libertaria por una circunstancia u otra en los años posteriores.

²⁹ Sobre el Primer Certamen Socialista: Morales Muñoz, M. (2002), *Cultura e ideología en el anarquismo español*, Málaga, pp. 66-73.

³⁰ Joan Montseny Carret (1864-1939), que fue en su momento tonelero y maestro (más conocido por su pseudónimo Federico Urales), fue uno de los elementos más dinámicos en la cultura libertaria de su época. Estableció en los últimos años 1890 un estrecho contacto con los medios intelectuales y artísticos madrileños. Fundador de la conocidísima *Revista Blanca* (1898-1905), donde escribieron intelectuales de un amplio espectro. Fue un escritor extraordinariamente prolífico. Sobre Montseny en la época estudiada: número monográfico de *Antrhopos: revista de documentación científica de la cultura* (nº 78), publicado en 1987 y el *Suplemento* de esta misma revista publicado en 1988 (nº5); Segarra (1977), *Federico Urales y Ricardo Mella, teóricos del anarquismo español*, Barcelona.; Urales, F. (1930), *Mi vida*, Barcelona; Álvarez Junco, J. y Tavera, S. (1992) «Federico Urales, o el publicismo como militancia anarquista», en Antón, J. y Caminal, M. (eds.), *El pensamiento político en la España Contemporánea*, Barcelona, pp. 513-556; Martínez de Sas (2000), pp. 940-942; Iñiguez (2001), pp. 416-417.

Mella³¹ y Fernando Tárrida del Mármol³² son los casos más notables³³. La mayor parte de ellos o habían fallecido, o habían limitado grandemente su actividad militante a la altura de 1914.

Existe en todo caso, un elemento adicional que parece hacer más difícil afirmar la existencia de una lectura específicamente libertaria del darwinismo. Ciertamente el anarquismo en España puede ser caracterizado como una subcultura de oposición que intentaba explícitamente mantenerse alejada de los patrones dominantes de la burguesía³⁴. No es menos cierto, que los libertarios estaban muy intere-

³¹ El topógrafo gallego Ricardo Mella Cea (1861-1925) fue uno de los teóricos anarquistas españoles más importantes de su generación. Republicano federal en un principio, da el paso hacia el anarquismo a principios de 1880. Influyente en el desarrollo del anarquismo en Galicia, Andalucía y Asturias, fue defensor del anarcocolectivismo. En él se hizo patente la influencia del individualismo anárquico anglosajón. Sobre Mella: Fernández Álvarez, A. (2001), *Ética e política na utopía anarquista de Ricardo Mella*, Santiago de Compostela, tesis doctoral inédita; Fernández Álvarez, A. (1990), *Ricardo Mella o el anarquismo humanista*, Barcelona; Segarra(1977); Muñoz, W. (1974), *Antología ácrata española*, Barcelona; Lobo, J.A. (1979), «El anarquismo humanista de Ricardo Mella», *Estudios filológicos*, 77, vol. XXVIII; Iñiguez (2001), pp. 398-399.

³² Fernando Tárrida del Mármol (1861-1915), nacido en Cuba e hijo de españoles, se instala en Cataluña de niño. Ingeniero industrial por la Universidad de Barcelona, completa sus estudios en una escuela politécnica francesa. Librepensador, fue colaborador de la prensa anarquista más influyente (*El Productor*, *Acracia*, *La Revista Blanca*, etc.), donde en no pocas ocasiones trataba temas de carácter científico. Fue él quien acuñó la fórmula «anarquismo sin adjetivos» destinada a superar la polémica entre anarcocolectivistas y anarcocomunistas. Exiliado en Londres tras el proceso de Montjuich, mantuvo una estrecha relación con líderes del movimiento anarquista internacional como Max Nettlau, Piotr Kropotkin, Errico Malatesta o Gustav Landauer. Parece que en los años de exilio londinense se alejó progresivamente del anarquismo, llegándose a afiliarse al Partido Fabiano. Sobre Tárrida: Abelló i Güell, Teresa. *Les relacions internacionals de l'anarquisme català (1881-1914)*, Barcelona, pp. 200-208; Martínez de Sas y Pagès i Blanch (2000), pp. 1354-1355; Iñiguez (2001), p. 588; Esenwein (1989), p. 200.

³³ En cualquier caso estos eran una excepción. El núcleo de militantes influyentes que consiguieron escapar del trabajo manual lo hicieron, o bien dedicándose a escribir, o bien haciéndose profesores laicos: Romero Maura (1989), pp. 255-256. Pere Gabriel señala que maestros y tipógrafos dominaron el publicismo y la elaboración teórica en el anarquismo barcelonés de la generación anterior a los años 1906-1914: Gabriel, P. (2002), «Propagandistas confederales entre el sindicato y el anarquismo. La construcción barcelonesa de la CNT en Cataluña, Aragón, País Valenciano y Baleares», *Ayer*, 45, 105-145; pp. 109-110.

³⁴ Tanto libertarios como socialistas anhelaban la formación de un ser humano «distinto, cuando no opuesto, al que había contribuido a crear la sociedad burguesa y la moral católica». Luis Martín, F (1994), *Cincuenta años de cultura obrera en España, 1890-1940*, Madrid, p. 23. Ahora bien, esto no excluía, taxativamente, participar en los foros culturales

sados en la creación de espacios de sociabilidad propios o, cuando ello no resultaba posible, trataron de reorientar políticamente aquellos cafés, ateneos o centros obreros donde se movían los elementos más activos de las clases populares³⁵. Es un hecho nada ocioso cuando pensamos en la importancia que tuvieron estas instituciones en la difusión de la lectura en el medio obrero, probablemente más relevante que la derivada de la compra directa del material impreso³⁶. A pesar de ello, cabe preguntarse, a la luz de los datos que vamos conociendo sobre el contenido de distintas bibliotecas de centros obreros, hasta qué punto existieron diferencias significativas entre el universo de lecturas de los propagandistas libertarios y el de las fracciones más secularizadas de la clase media. Hay que tener en cuenta, además de

más conspicuos de la burguesía. Así se hizo en 1887, cuando Josep Lluñas y Anselmo Lorenzo contribuyeran al debate celebrado en el Ateneo Barcelonés sobre las relaciones entre socialismo y progreso (Nettlau, M. [1969], *La Première Internationale en Espagne (1868-1888)*, Dordrecht, Reidel, pp. 526-527; Casterás, R. [1985], *Actitudes de los sectores catalanes en la coyuntura de los años 1880*, Barcelona, Anthrops, pp. 345-346), o cuando Soledad Gustavo y su compañero Federico Urales abordaron la cuestión social en el Ateneo de Madrid (vid. los números 90, 92, 95 y 96 del año 1902 en *La Revista Blanca*).

³⁵ Esenwein señala cómo mientras que en los años de La Gloriosa, los anarquistas trataron de fomentar una divisoria entre clase obrera y clases medias, mediante el establecimiento de su propia hegemonía en instituciones obreras creadas anteriormente por Demócratas y Progresistas, en los años 1880-1890 cambió el panorama, ya que los trabajadores, además de compartir instituciones con las clases medias, habían sido capaces de crear las suyas propias: clubes, cafés, publicaciones, e incluso escuelas laicas (Esenwein, [1989], p. 124) Un proceso, que, en opinión de Ángele Barrio, se aceleró con el cambio de siglo: el obrerismo empezó a independizarse progresivamente del discurso matriz del republicanismo y de la idea de colaboración de clases. Esta afirmación de clase se reflejó en el abandono de las sociedades obreras de los ateneos y casinos republicanos y la búsqueda de sedes propias: Barrio (2003), pp. 115-116. Cosa distinta es valorar hasta qué punto los libertarios fueron capaces de influir o controlar este nuevo tejido de sociabilidad obrera. Recientemente se ha señalado que en Barcelona, al terminar la Primera Guerra Mundial, los anarquistas consiguieron articular una esfera pública urbana proletaria de inspiración libertaria, un verdadero proyecto contrahegemónico: Ealham, C. (2005), *La lucha por Barcelona. Clase, cultura y conflicto*, Madrid, pp. 78-104. Más sobre esta vida institucional propia: Solà i Gussinyer, P. (1978), *Els Ateneus Populars i la Cultura Popular a Catalunya, 1900-1939. El Ateneu Enciclopèdic Popular*, Barcelona, La Magrana; Aisa Pàmpols, F. (2000), *Una Història de Barcelona. Ateneu Enciclopèdic Popular (1902-1999)*, Barcelona, Ateneu Enciclopèdic Popular y Virus Editorial.

³⁶ Uría, J. (2003), «Cultura popular y actividades recreativas: La Restauración», en Uría, J. (ed.), *La cultura popular en la España contemporánea*, Madrid, Biblioteca Nueva, 77-107; p. 89.

la tradición antidogmática del movimiento libertario, el hecho de que anarquistas y republicanos, aun cuando los primeros quisieran insistentemente marcar distancias con respecto a los segundos, se movieron con mucha frecuencia en la constelación de librepensamiento y la masonería, lo que les llevaba a compartir multitud de espacios –ateneos, escuelas laicas, imprentas, etc– de carácter interclasista³⁷. La cuestión clave, en cualquier caso, si lo que parecen referencias culturales compartidas, no pudieran ser, además, el indicador de una dependencia o incluso de cierta voluntad de mimetismo de la cultura de clase obrera con respecto a los modelos dominantes de la cultura³⁸.

No es descabellado pensar, además, que dicha posible dependencia, en el caso de un número importante de libertarios, pudiera venir facilitada por la imagen sacralizada que se tenía de la ciencia y la cultura en general. Así, aunque algunos anarquistas llegaron a hablar de una distinción entre ciencia burguesa/ciencia obrera era éste un diagnóstico fundamentalmente moralizante que no afecta al carácter fundamentalmente unitario de la Ciencia con mayúsculas. La posición social no impone una distorsión sistemática en el proceso de conocimiento, sino que afecta exclusivamente a la capacidad *moral* de los individuos y las clases sociales³⁹. La oposición entre ciencia burguesa y ciencia obrera no es sino la que se establece entre una serie de conocimientos –limitados conscientemente por el interés de clase–, y la auspiciada por un proletariado cuyo único interés es la verdad⁴⁰. En

³⁷ López Estudillo (2002), p. 77; Serrano, C. (1987), *Le tour du peuple. Crise nationale, mouvements populaires et populisme en Espagne (1890-1910)*, Madrid, pp. 301-302; Álvarez Junco, J. (1990), «Cultura popular y protesta política» en Maurice, J, Magnien, B. y Genevois, D.B. (eds.), *Pueblo, movimiento obrero y cultura en la España Contemporánea*, Paris, 157-168; pp. 159-160 ; Duarte, A. (1989), *El Republicanisme català a la fi del segle XIX*, Vic, pp. 86-88; Esenwein (1989), pp. 130-131.

³⁸ Vid. Serrano, C. (1989), «Cultura popular/cultura obrera en España alrededor de 1900», *Historia social*, 4, pp. 21-31.

³⁹ Romero Maura (1989), p. 193.

⁴⁰ El texto de Anselmo Lorenzo no deja lugar a la duda: «...hay una serie de conocimientos para el uso de los privilegiados que les mantiene en enervante eclecticismo; no pueden ni quieren saber lo que, por cierto y evidente que sea, niegue o menoscabe sus ventajas; tienen una lógica truncada; eso es *ciencia burguesa* (...) Hay otros conocimientos que, aunque no por medios escolares, se difunden entre los desheredados en el seno de la

realidad, se trata de otra forma de presentar la idea generalizada entre los libertarios del agotamiento de la propia burguesía, y del final de su misión histórica. Según esto, la burguesía es incapaz, guiada por el interés de clase, de llevar hasta sus últimas consecuencias el ciclo revolucionario iniciado en 1789⁴¹; sólo el proletariado puede consumir dicha tarea histórica. De la misma manera, mientras que el burgués no puede aceptar en toda su extensión los efectos necesariamente revolucionarios del avance de la Ciencia, aquel que no tiene intereses que defender —el proletario—, es capaz de aceptar en toda su extensión las consecuencias liberadoras del triunfo inexorable de la verdad científica⁴². Se aísla, pues, un núcleo de legitimidad raramen-

solidaridad obrera, por la reunión privada, por el mitin, por la conversación, por la prensa obrera y también por la lectura de los pensadores eminentes; eso es *ciencia proletaria* (...) aceptada en cuanto se comprende, porque entre los que la profesan no hay obstáculos del interés, sino que, por el contrario, el interés está en la verdad». Lorenzo, A. (1904)a., «Incapacidad progresiva de la burguesía», *La Revista Blanca*, 145, 1-7; p. 2. La ciencia burguesa, de hecho, es una mezcla, una componenda, entre la verdad (aquello que tiene de actividad científica «pura») y sofisma (aquello que sirve de soporte ideológico a la justificación de la desigualdad): «Hay ciencia falsificada, mezcla de verdad y dogma tejida con sofismas, que se propone conservar la iniquidad social basada en esta máxima evangélica: 'siempre habrá pobres en el mundo'». Redacción (1903), «Biblioteca de la Escuela Moderna», *La Huelga General*, 12, 8, p. 8.

⁴¹ La incapacidad de la burguesía se deriva de su incapacidad moral. A ella, como dice Álvarez Junco, se le solía hacer el reproche desde círculos libertarios de «haber renegado del ideario liberal, es decir, de los principios del 89 y del 93, y por haber detenido la revolución, conformándose con obtener sus privilegios de clase y negando al pueblo —sin cuya acción insurreccional la revolución burguesa hubiera sido imposible— la satisfacción de sus aspiraciones». Álvarez Junco (1991), *La ideología política del anarquismo español*, Madrid. p. 203.

⁴² La Ciencia redime a la humanidad. «El porvenir humano está en la ciencia: el progreso es el único redentor posible de un mezuquino antropoide, de un pitecantropo que evoluciona». Un azteca (1912), «Ciencia y religión», *El Libertario*, 3, 3; p.3. La Ciencia se enfrenta al peso muerto del pasado (la tradición). Existe una «lucha de titanes en que de una parte están la tradición, las preocupaciones (...), los intereses creados, las instituciones (...), y de otra nada más que la ciencia social...». Prólogo de J. Llunas a Lorenzo, A. (1893), *Episodio dramático-social*, Justo Vives, Barcelona, p. 9. La Ciencia, en definitiva, en la medida que sirve a la verdad, socava las bases del actual edificio social: «...entáblase la lucha entre el error, sostenido por el interés de clase, y la ciencia, basada únicamente en la verdad; y en esta lucha se debilitan instituciones hasta entonces omnipotentes, naciendo otras más conformes al cambio de ideas experimentado, y resultando de ello ventajas para la dignidad humana». Pastor Péllico, J. (1889), *Garibaldi. Historia liberal del siglo XIX*, Barcelona p. 2093.

te cuestionado para la Ciencia: en gran parte de los textos de los anarquistas españoles, es detectable la seguridad de que los métodos de la Ciencia, aplicados honestamente, conducen indefectiblemente al alumbramiento de un saber *verdadero*. Así, la línea de fractura fundamental, se estableció entre lo que se consideran formas legítimas del conocimiento desde una dogmática racionalista (la Ciencia, el método positivo, etc.) y lo que por definición no es más que ilusión o engaño (la Religión, las especulaciones teológicas, las supersticiones o creencias populares).

Sin embargo, admitiendo estas cautelas, en este libro se defiende que no se puede hablar de un proceso de hegemonía cultural de arriba abajo sin restricciones. Hay que introducir importantes matizaciones. La primera es que la lectura que se hizo de esa vaga constelación que llamamos darwinismo⁴³ no se produjo sin pasos intermedios. Con no poca frecuencia, lo que se opinaba sobre Haeckel, Spencer o Darwin, venía mediado por una cadena de interpretaciones de su obra, que tiene su origen en el propio movimiento libertario a escala internacional. Debemos tener en cuenta, la indudable dependencia existente con respecto a las fuentes francesas en general, y con respecto a la prensa libertaria gala en particular, aunque no se pueda olvidar una influencia –sustancialmente menor– de literatura en habla inglesa⁴⁴. Raramente reflejaron los libertarios españoles algún debate producido dentro de nuestras fronteras sobre el darwinismo, mientras que fueron especialmente sensibles a las discusiones que el tema generaba en la prensa afín del otro lado de los Pirineos. Abundando en ello, hay que decir que algunos de los colaboradores habi-

⁴³ Sobre la vaguedad del darwinismo inicial: Di Gregorio, M. (1996), «Darwinisme anglo-saxon», en Tort, P. (ed.), *Dictionnaire du Darwinism et de l'évolution*, Paris, 866-889; Moore, J.R. (1991), «Deconstructing Darwinism: The Politics of Evolution in the 1860s», *Journal of the History of Biology*, 24, 353-408.

⁴⁴ En el tema que nos ocupa, las publicaciones controladas de una manera u otra por Kropotkin, Jean Grave y Elisée Reclus tuvieron un papel muy importante. Nos referimos a *Le Révolté*, *La Révolte* y *Les Temps Nouveaux*. Y no solo en francés. Kropotkin residió desde 1886 y hasta 1917 en Inglaterra. Allí fundó *Freedom*, y publicaba con frecuencia en la revista *The Nineteenth Century*, una de las revistas más prestigiosas del universo cultural británico. Sus artículos eran traducidos con frecuencia y prontitud al español.

tales de la prensa anarquista francesa, como Elisée Reclus⁴⁵ o Jean Grave⁴⁶ escribieron en extenso sobre evolucionismo. Sus reflexiones al respecto se reflejaban con insistencia en la prensa libertaria española. Pero fue sin duda, el geógrafo ruso Piotr Kropotkin⁴⁷, el teórico anarquista más influyente de su generación, quien se convirtió en la referencia ineludible cuando se trataba de ofrecer la que se consideraba interpretación correcta del darwinismo desde el punto de vista libertario, sobre todo a partir de los años 1890⁴⁸. Kropotkin,

⁴⁵ Elisée Reclus (1824-1905), eminente geógrafo francés, y destacadísimo anarquista. Como muchos otros libertarios, se inició políticamente en las fracciones más radicales del republicanismo, participando activamente en La Commune. Colaboró estrechamente con Bakunin. A partir de finales de los 1870 estableció una estrecha y perdurable amistad con Kropotkin, que se materializó en una amplia colaboración política y científica. Sobre Reclus: Mosquete, M.T. (1983), *Eliseo Reclus. La geografía de un anarquista*, Barcelona; Fleming, M. (1988), *The Geography of Freedom. The Odyssey of Elisée Reclus*, Montreal. Dunbar, G.S. (1978), *Elisée Reclus. Historian of Nature*, Hamden.

⁴⁶ Jean Grave (1854-1939), destacadísimo militante francés, socialista en su juventud, se convirtió anarquista a partir de los años 1880. Aunque escribió artículos, folletos y libros en cantidad estimable, fue más conocido por su importantísima labor editorial, en especial en lo referente a las muy difundidas revistas *La Révolte* y *Les Temps Nouveaux*. Fue muy influyente en los círculos literarios y artísticos parisinos. Sobre Grave: Patsouras, L. (2003), *The Anarchism of Jean Grave: Editor, Journalist and Militant*, Montreal; Thioulouse, J. (1994), *Jean Grave (1854-1939), journaliste et écrivain anarchiste*, Villeneuve d'Ascq, Presses Universitaires du Septentrion. Breves reseñas biográficas de Grave en: Maitron, J. (1975), *Le mouvement anarchiste en France. I des origines à 1914*, Paris, 145-150.; Tuchman, B.W. (1979), «El anarquismo en Francia», en Horowitz, I.L. (ed.), *Los anarquistas*. 2. *La práctica*, Madrid, 93-120, pp. 93-94.

⁴⁷ Piotr Kropotkin (1842-1921), aristócrata ruso y eminente explorador y geógrafo, fue el teórico anarquista más influyente de su generación. Popularizador del comunismo libertario, escribió sobre una variedad sorprendente de temas desde la literatura rusa hasta la Revolución Francesa. Su aportación a los debates post-darwinianos sobre evolución y ética, trascendieron ampliamente los límites del movimiento libertario. Sobre Kropotkin : Girón, A. (2004) «Kropotkin», en Lightman, B. (ed.), *The Dictionary of Nineteenth Century Scientists*, Bristol; Miller, M.A. (1976), *Kropotkin*, Chicago; Planche, F. y Delpy, J. (1948), *Kropotkine*, Paris; Markin, V.A. (1985), *Peter Alekseevich Kropotkin*, Moscú; Woodcock, G. y Avakumovich, I. (1975), *El Príncipe Anarquista*, Madrid.; Osófsky, S. (1979), *Peter Kropotkin*, Boston.

⁴⁸ Sobre este aspecto de la obra de Kropotkin: Todes, D.P. (1989), *Darwin without Malthus. The Struggle for Existence in Russian Evolutionary Thought*, Nueva York, 123-142; Vucinich, A. (1988), *Darwin in Russian Thought*, Berkeley, 346-354; La Vergata, A. (1992) «Les bases biologiques de la solidarité», en Tort, P. (ed.), *Darwinisme et société*, Paris, pp. 55-87; Kinna, R. (1995), «Kropotkin's Theory of Mutual Aid in Historical Con-

gozó de un aura de respetabilidad que le resultó especialmente útil fuera de los círculos habituales del anarquismo⁴⁹. Desde el punto de vista de los anarquistas españoles, ello se materializó en la existencia de una interpretación del evolucionismo *anarquista* –o compatible con el anarquismo– que contaba con la credencial de ser tomada seriamente por las más variadas instancias intelectuales y científicas. Esta fuente de capital simbólico no pasó inadvertida.

Por otro lado, es cierto que los anarquistas españoles tuvieron como obras de cabecera las de Herbert Spencer o Ernst Haeckel⁵⁰, y que eso no les distinguía de aquéllos que percibían como enemigos de clase. Pero esto no quiere decir que el proceso de lectura fuera sustancialmente pasivo o acrítico⁵¹. Por el contrario, en no pocas ocasiones la apropiación selectiva de conceptos y vocabulario, en función de que ellos pudieran ser debidamente transformados para legitimar los cimientos de su propio edificio ideológico, describe mucho mejor la situación⁵². Si hay elementos suficientes para pensar que los propagandistas anarquistas habitaron un universo de referencias cul-

text», *International Review of Social History*, 40, 259-283; Miller, D., «Peter Kropotkin (1842-1921): Mutual Aid and Anarcho-Communism», en Hall, J. (ed.), *Rediscoveries: Some Neglected Modern European Thinkers*, Oxford, 85-104. Girón, A. (2002), «Evolucionismo y ética: Pedro Kropotkin», en Puig-Samper, M.A., Ruiz, R. y Galera, A. (eds.), *Evolucionismo y Cultura. Darwinismo en Europa e Iberoamérica*, Madrid, 231-248; Girón, A. (2003), «Kropotkin between Lamarck and Darwin: The Impossible Synthesis», *Asclepio*, 55 (1), 189-213.

⁴⁹ Shpayer-Makov, H. (1987), «The Reception of Peter Kropotkin in Britain, 1886-1917», *Albion*, 19, 373-390.

⁵⁰ Con toda seguridad más que a Darwin, en lo que no se diferencian mucho del modelo del suroeste europeo: Corsi, P. y Weindling, P. (1985), «Darwinism in Germany, France and Italy», en Kohn (ed.), *The Darwinian Heritage*, Princeton, 683-729.

⁵¹ Los mismos textos pueden ser comprendidos y manejados de manera diversa y que esta comprensión y estos usos están necesariamente determinados por los horizontes históricos y de clase. Las reflexiones más iluminadoras al respecto: De Certau, M. (1990), *L'invention du quotidien*, Paris; Chartier, R. (1996), *El mundo como representación*, Barcelona, pp. 45-62; Revel, J. (1986), «La culture populaire: sur les usages et les abus d'un outil historiographique», en Fonquerne, Y.R. y Esteban, A. (eds.), *Culturas populares. Diferencias, divergencias, conflictos*, Madrid, 223-239.

⁵² No en vano, la difusión de eso que llamamos Ciencia se aproxima mucho más a un proceso de apropiación que a uno de diseminación piramidal del conocimiento. Se trata de trascender, pues, los conceptos de popularización y vulgarización. Sobre ello: Whitley,

turales y científicas no necesariamente distinto al de las fracciones más radicalizadas de la burguesía, esto no implica que no hicieran un uso sustancialmente distinto de aquel. Ésto es lo que parece sucedió con esa criatura polimorfa que llamamos evolucionismo⁵³. Como decía Anselmo Lorenzo, el patriarca del anarquismo español, «de la ciencia burguesa tomaremos la verdad y desecharemos los sofismas que sirven de base al privilegio...»⁵⁴

Explorar la lectura que habían llevado a cabo los anarquistas españoles de la obra de Charles Darwin, es, intuitivamente, la forma casi canónica de comenzar a abordar la cuestión de este proceso de apropiación. Sin embargo, en una exploración bastante completa de la prensa libertaria de la época, se advierte que los rastros cuantitativamente significativos de una *lectura* –digámoslo así– directa de la obra del naturalista inglés son bastante escasos. De hecho, no pocos trabajos sobre la recepción, y/o influencia del darwinismo parten de un esquema dicotómico: por un lado, la labor científica de Darwin, y, por el otro, la aceptación o rechazo de su obra en medios científicos y no científicos. Este tipo de estudios han significado una contribución historiográfica importante. Pero, en nuestra opinión, pueden llevar a una seria distorsión sobre la realidad histórica del evolucionismo. De hecho, si se consultan las obras de vulgarización científica del período entre 1870 y 1900, pronto se advierte que bajo el rótulo evolucionismo –que muchas veces se percibió como sinónimo de dar-

R. (1985), «Knowledge Producers and Knowledge Acquirers: Popularisation as a Relation between Scientific Fields and Their Publics», en Shinn, T. y Whitley, R. (eds.), *Expository Science: Forms and Functions of Popularisation*, Dordrecht, 3-28; Cooter, R. y Pumfrey, S. (1994), «Separate Spheres and Public Places: Reflections on the History of Science Popularization and Science in Popular Culture», *History of Science*, 32, 237-267; Golinski, J. (1998), *Making Natural Knowledge. Constructivism and the History of Science*, Cambridge, 103-132.

⁵³ Un proceso de canibalización de los recursos culturales producidos por la élite científica y sus vulgarizadores que no parece exclusivo de los libertarios españoles, y que se ha hecho especialmente patente cuando hablamos de Historia Natural y Biología: Desmond, A. (1987), «Artisan Resistance and Evolution in Britain, 1819-1848», *Osiris*, 3, 77-110; Secord, A. (1994), «Science in the Pub: Artisan Botanists in Early Nineteenth Century Lancashire», *History of Science*, 32, 269-315.

⁵⁴ Lorenzo, A. (1887)a., «Ciencia burguesa y ciencia obrera», *Acracia*, 22, 354-359, p. 355.

winismo— se esconde un conglomerado heterogéneo de teorías y conjeturas cuyo rasgo unificador no es tanto la aceptación del enfoque teórico específico de Darwin, como la común adhesión a una visión de la naturaleza y la sociedad en que la evolución (entendida, en no pocas ocasiones como un proceso finalista) juega un papel clave. Algunos, como Peter J. Bowler, han llegado a afirmar, como veremos, que Darwin estimuló decisivamente la transición a un punto de vista evolucionista, pero que ello se hizo a costa, en gran medida, de su propia teoría⁵⁵.

Independientemente de si consideramos exagerada o no la afirmación de Bowler, lo cierto es que cuando se abandona la imagen del evolucionismo como una explicación pura y dura del programa científico de Darwin, se amplía espectacularmente el horizonte. Se amplía porque toman su importancia real actores que hoy nos parecen secundarios, pero que en el universo cultural de la segunda mitad del XIX eran auténticas figuras claves: Ernst Haeckel, Ludwig Büchner, Carl Vogt, Herbert Spencer, Jean Guyau, Cesare Lombroso, Charles Letourneau, Théodule Ribot, etc. Se ensancha, porque se observa hasta qué punto la introducción de un punto de vista evolucionista había afectado a una gran variedad de disciplinas que van desde la Antropología al Derecho Penal pasando por la Psiquiatría. De hecho, cuando se advierten las posibilidades que se abren con este cambio de enfoque, el riesgo es el verse desbordado por una masa documental enorme y heterogénea. Los anarquistas españoles no parecieron frecuentar la lectura directa de la obra Darwin, pero sí tenían mucho que decir sobre la evolución cósmica, el origen simiesco del hombre, la lucha por la existencia presente en el organismo social, las razas inferiores o la sociedad industrial como causa de la degeneración biológica de la especie.

A partir de este punto de partida cabían dos posibilidades a la hora de abordar la recepción del evolucionismo en el anarquismo español. La primera era trazar el cuadro de los autores más influyentes y mostrar en qué momentos históricos habían gozado de más pre-

⁵⁵ Bowler, P.J. (1992)a., *The Non-Darwinian Revolution*, Londres y Baltimore.

dicamento entre los libertarios españoles. Lo cierto, es que la aportación sería poco relevante, ya que tanto Diego Núñez como Álvarez Junco⁵⁶ han abordado las líneas generales de la cuestión con indudable acierto. Por otra parte, una investigación de estas características aporta una primera indicación de qué leían, pero dice muy poco de los usos potenciales y reales de esas lecturas. Induce, además, a pensar el papel de los libertarios desde una perspectiva excesivamente pasiva: como simples consumidores culturales. La otra estrategia posible era la de intentar dar respuesta a la pregunta de cómo los anarquistas españoles habían incorporado el entramado ideológico, en función de su estructura más profunda de creencias y las distintas coyunturas históricas, toda la serie de nuevos temas, preocupaciones y conceptos que había introducido la difusión del nuevo enfoque evolucionista: el origen simiesco del hombre, las peligrosas analogías entre el funcionamiento del orden natural y la sociedad, los temores ante el avance de la degeneración, etc. El desarrollo de este punto de vista, en mi opinión, debía favorecer el establecimiento de un enfoque eminentemente temático.

El libro obedece a dicho enfoque, y ha sido estructurado en torno a dos grandes áreas. En la primera parte, se estudia lo que de manera más clara se suele asociar con el evolucionismo: el impacto que tuvo entre los anarquistas españoles la introducción de una nueva visión de la Naturaleza. Aquí se analizan tres aspectos principalmente: la interacción de los nuevos conceptos de evolución cósmica con una imagen eminentemente afectiva y providente de la Naturaleza, la reacción ante el cambio en la relación tradicional entre Hombre y orden natural que lleva consigo la teoría del origen simiesco del *Homo sapiens*, y, finalmente, el confuso mundo de analogías entre orden natural y orden social que introducen las diversas interpretaciones sobre los mecanismos evolutivos (lucha por la existencia, selección natural, etc.). En este último apartado hacemos una referencia al debate historiográfico sobre la confusa cuestión de la relación entre Darwin, el darwinismo, y el darwinismo social.

⁵⁶ Núñez (1975) y Álvarez Junco (1991).